

## EL NUEVO ABSOLUTISMO

### INDUSTRIALIZACIÓN SIN DEMOCRACIA EN EL TERCER MUNDO

La formación de varios núcleos altamente conflictivos en Africa y, sobre todo, el incremento de la influencia soviética han llamado, aunque de manera fragmentaria, la atención de la opinión pública occidental hacia un fenómeno que adquiere significación también fuera del continente africano: la inclinación de los estados jóvenes del Tercer Mundo a una economía controlada por el Estado y su acercamiento a los países socialistas. En la mayoría de los casos, este proceso ocurre discretamente, sin luchas, sin disputas con los inversores extranjeros y sin una declaración explícitamente favorable a un ordenamiento socialista. Benin y Congo (Brazzaville), y asimismo Irak y Yemen del Sur, representan a este nuevo tipo de país en vía de desarrollo, al que se asociarán probablemente muchas naciones, pues su fuerza de atracción reside en ofrecer aparentemente mejores perspectivas de progreso social y económico. Pocos decenios atrás todos estos países pertenecían a la órbita de la influencia directa de las potencias occidentales; hoy en día resultaría ciertamente incorrecto el suponerlos dentro del área soviética de poder, pero sería igualmente insensato el pasar por alto la disposición creciente de aquellos países hacia la cooperación con el sistema socialista y el rechazo continuado del orden basado en la economía privada.

Esta transformación tiene lugar en una atmósfera generalmente libre de dramas. Los gobiernos moderados, prooccidentales y orientados hacia la economía de mercado, que tomaron a su cargo la responsabilidad política inmediatamente después de la independencia, son reemplazados uno tras otro por regímenes que se proclaman neutrales, que introducen el principio, hoy generalmente ya no puesto en cuestión, de una planificación dirigida centralmente y que tienden a desmontar rápidamente las instituciones del Estado liberal-democrático. El tratamiento del capital extranjero sucede en forma más dife-

renciada que antes: no siempre se llega hasta la expropiación, y en caso afirmativo, sólo en algunos sectores y a menudo contra indemnización, aunque ésta tenga, en la mayoría de los casos, un valor meramente simbólico.

Paralelamente se puede hoy constatar una tendencia generalizada en la periferia mundial y que es visible por lo menos desde la llamada crisis de energía: a pesar de importantes diferencias en los terrenos de la economía, la política y la cultura aumenta la predisposición de los países subdesarrollados a levantar entre sí bloques comerciales para defender sus intereses comunes en el mercado mundial, el cual está aún fuertemente influenciado por las potencias occidentales. De especial significación es la posibilidad de que esta cooperación (o, cuando menos, el surgimiento de un frente común) entre las naciones del Tercer Mundo se convierta en un fenómeno permanente y dinámico en las relaciones internacionales, pues esto traería consigo un debilitamiento ulterior de los grandes bloques ideológicos y de poder y también una profundización del conflicto Norte-Sur.

Ambas corrientes parecen indicar que algunas concepciones muy extendidas sobre la dependencia total de las naciones subdesarrolladas con respecto al mercado mundial capitalista y sobre la omnipotencia de las compañías transnacionales en latitudes meridionales corresponden a prejuicios obstinados que son alimentados poderosamente por las aficiones a la moda de las ciencias sociales. Las últimas versiones de la teoría del imperialismo y las tesis sobre el capitalismo periférico no corresponden tanto a la realidad, sino a las generalizaciones e ideas estereotipadas de los intelectuales que trabajan en las bibliotecas por la multiplicación de escritos neomarxistas «derivados» científicamente de las enseñanzas de los clásicos.

El número de los países subdesarrollados, en los cuales predominan formas de un capitalismo primigenio irrestricto y sin limitaciones por parte del Estado, es extraordinariamente reducido. En las sociedades organizadas aún según el sistema de la economía privada resultaría difícil hallar un estrato de empresarios o una clase privilegiada que representase exclusivamente los intereses de los consorcios extranjeros o de los gobiernos occidentales. La reacción de los gobiernos militares en América Latina (desde Argentina hasta Guatemala pasando por Brasil) a la reprimenda del presidente Carter en lo referente a los derechos humanos y a la política energética pone en evidencia que hasta estos regímenes están dispuestos a tomar la defensa de intereses propios frente a las aspiraciones norteamericanas.

Lo fundamental parece ser, sin embargo, la evolución en el interior de las naciones del Tercer Mundo. Por ejemplo, en Brasil, Venezuela e Irán abarca la participación del Estado por lo menos 30 por 100 del producto nacional bruto, con una clara tendencia al incremento de esta proporción, y justamente en países que tienen una simpatía manifiesta por la iniciativa privada. En Bolivia, grupos derechistas con financiamiento y supervisión de los empresarios privados derribaron en 1971 el gobierno izquierdista del general J. J. Torres, pero no consiguieron poner un límite a las diversas ampliaciones de la función estatal. Casi dos tercios del producto bruto nacional se encuentran ya en manos del Estado, y las reprivatizaciones prometidas no se han llevado a cabo.

Con cierta seguridad se puede afirmar que la tendencia a largo plazo en el Tercer Mundo transcurre en dirección de un fortalecimiento del Estado nacional y de la defensa de los intereses comunes frente a las grandes potencias del Norte. Esta evolución parece estar justificada en vista del poder concentrado de las actuales sociedades industrializadas y de las tareas que impone un desarrollo adecuado. Lo problemático residiría en el hecho de que las esferas de la discusión política, del desenvolvimiento cultural y de las pautas sociales de comportamiento cayesen dentro del torrente de las soluciones autoritarias y de los modelos burocrático-tecnocráticos, por medio de lo cual estaría dada la posibilidad de un nuevo absolutismo muy bien asentado y a nivel mundial.

No es justamente casual que la mayoría de las naciones del continente africano, que accedieron a la independencia provistas de constituciones liberal-democráticas y de un pluralismo de partidos políticos, haya introducido entretanto el sistema del partido único y la uniformidad ideológica. Mientras en territorio asiático se expanden las llamadas «dictaduras educativas», en Latinoamérica las dictaduras tecnocrático-militares son proclives a un nivelamiento represivo del campo político-cultural, sin dejar por ello de ejecutar ambiciosos proyectos de desarrollo. Aun cuando la constitución liberal-democrática siga existiendo formalmente, y se proclame diariamente la validez de los derechos humanos, no se pueden encubrir el socavamiento de la estructura pluralista y la obstrucción del surgimiento genuinamente democrático de conceptos e intenciones políticas—igualmente una característica de regímenes socialistas y nacionalistas de izquierda, cuya pretensión de una «democracia verdadera y cercana al pueblo» resulta meramente verbal.

El mantenimiento o la intensificación de prácticas autoritarias se correlaciona con la auténtica concepción de democracia que poseen los estratos dirigentes en los países en vías de desarrollo, independientemente de que se trate de revolucionarios socialistas o de tecnócratas conservadores: democracia es identificada con una movilización de masas exitosa, disciplinada y permanente, la cual debe servir simultáneamente al fortalecimiento de la cohesión social y a la lealtad frente a las instancias directrices del momento dado. Es, evidentemente, una imagen instrumentalista de democracia, en la cual el acento recae en englobar y poner a disposición de arriba sectores importantes de la población y no en promover la formación autónoma de decisiones políticas. La ejecución de gigantescos proyectos de desarrollo parece más bien presuponer un sistema de centralización incrementada y de carácter antipluralista, pues muchas corrientes políticas en el Tercer Mundo creen que la construcción de una sociedad moderna es posible sólo mediante la introducción de modelos tecnocrático-autoritarios.

La expansión de las instancias estatales, la tendencia hacia soluciones autoritarias y la naciente cooperación de las naciones meridionales entre sí están relacionadas con las metas de desarrollo que la conciencia colectiva en el Tercer Mundo se ha propuesto como tareas históricas. La modernización del conjunto de la sociedad, la construcción de una industria pesada propia, la elevación del nivel general de vida y el mejoramiento del rango del país respectivo en el concierto internacional de las naciones representan esas metas básicas de desarrollo.

La característica esencial de la situación en las periferias hoy en día consiste en que estos objetivos acaparan todos los esfuerzos de aquellas sociedades; la identidad misma de las naciones jóvenes está ahora ligada a la consecución de tales metas. Los logros centrales de los países altamente industrializados se han convertido recién en el transcurso de los últimos decenios en criterios de desarrollo por excelencia y con validez mundial; la intercomunicación creciente ha llevado a que la evolución de todos los pueblos sea juzgada por esos parámetros. En cierto sentido la civilización europeo-occidental y norteamericana puede ser calificada de extremadamente exitosa: ha fijado criterios con respecto a los estándares tecnológico-económicos, al consumo masivo y a la expansión estatal, que ahora se han convertido en universales. Fascinadas por este proceso, las naciones jóvenes intentan entonces obtener ese nivel en el plazo más corto posible,

como si esta evolución fuese generalizable y con carácter de «ley de la naturaleza», abierta de principio a todos los países.

Estos objetivos son perseguidos de una manera tan incondicional e intensa, que se llega a favorecer una actitud colectiva, bajo la cual se pasan por alto generosamente los efectos negativos de la industrialización acelerada en el terreno ecológico, se tiende a sobrevalorar aspectos materiales y se justifica incesantemente la aplicación de cualesquiera medios para conseguir el fin ambicionado.

Para la mayoría de los países del Tercer Mundo, la industrialización y la introducción de pautas técnico-rationales de comportamiento significan el corte divisorio más importante en su historia; en comparación con este paso de un orden social tradicional a uno moderno, denotan las otras alteraciones (como independencia, expropiación de empresas extranjeras o el advenimiento de un gobierno socialista) una índole secundaria. Si bien la constitución socioeconómica varía entre las diferentes corrientes y regímenes, se encuentran todos ellos bajo una creciente «urgencia de éxito». Esta obligación a exhibir logros positivos favorece visiblemente la inclinación a soluciones basadas en el socialismo de Estado, pues en amplias regiones de las periferias mundiales el socialismo es equiparado a un desarrollo económico rápido y a una modernización adecuada, mientras que el capitalismo es identificado con tradicionalidad y con un ritmo lento de progreso.

La magnitud de las tareas a resolver y la complejidad de la tecnología moderna exigen la concentración de todos los esfuerzos y la introducción de un sistema planificador dirigido centralmente—ambos son fenómenos, que tienen mucho que ver con eficiencia y poco con democracia—. Una planificación extensa de la vida económica y una burocratización en aumento producen en realidad condiciones ideales para el florecimiento de tendencias absolutistas, y sobre todo en sociedades, en las cuales siempre ha faltado la tradición democrática. Asimismo, esta evolución es favorecida por el hecho de que en las jóvenes naciones la configuración de los estratos sociales y la estructura de los grupos de presión no permiten la existencia de partidos e ideologías que se hallen en competencia entre sí, lo cual podría contraponerse a un Estado todopoderoso. El autoritarismo político se acomoda así con respecto a prejuicios tradicionales y a prácticas seculares, de tal manera que el nuevo autoritarismo, teñido por su temple tecnológico-instrumental, puede levantarse sobre fundamentos seguros y venerables.

Todo esto ha sido beneficiado por la ampliación de las funciones del Estado, la cual tiene lugar a escala mundial y no se detiene más ante el sistema inspirado por la economía privada. Si bien durante el siglo XIX la propiedad en manos del Estado era la excepción, hoy en día la propiedad privada tiende ya a ser vista como una magnitud residual, que posee carácter de anormalidad y que tiene que auto-justificarse permanentemente. En el Tercer Mundo esta ola comenzó con la nacionalización de los servicios públicos, continuó con la expropiación de los sectores productores de materias primas y de las industrias manufactureras y es complementada con el traspaso al Estado del sector terciario. Cada uno de estos escalones se basa en la idea de que el precedente ha sido obvio; con el transcurso del tiempo se ha formado la opinión colectiva de que la expansión de las funciones estatales sería una inexorable ley natural.

Esta predisposición a aceptar como obvia la dilatación del Estado corresponde a una creencia muy generalizada en los países subdesarrollados: las principales corrientes políticas suponen que un gobierno «suyo» estaría en las condiciones de anular todos los obstáculos puestos por el subdesarrollo y fijar las metas adecuadas para un desenvolvimiento a largo plazo. La unión de estas pautas de pensamiento con la salvaguardia de una tradición autoritaria y antidemocrática en nombre de la autonomía nacional produce la base firme para una versión modernizada del absolutismo, ante el cual los principios liberal-democráticos degeneran en una magnitud residual. No difiriendo demasiado del absolutismo clásico, la nueva estrategia de modernización aspira a elevar la posición del propio país dentro del orden internacional y también a construir una sociedad homogénea, jerárquicamente estructurada y, en lo posible, aislada del exterior. Como se sabe, los presupuestos de esta evolución son la impotencia del individuo y la carencia de todo pluralismo.

Precisamente el actual proceso histórico en muchos países del Tercer Mundo parecería demostrar la ingenuidad que está contenida en el propósito de querer construir una sociedad democrática y consagrada a principios humanistas sin el concurso de grupos sociales autónomos, sin separación de poderes, sin control del aparato estatal y sin la utilización efectiva de los derechos políticos. Para tal fin no hacen falta solamente la libertad de discusión política y, por lo tanto, la libertad a disentir, sino también el florecimiento de fuerzas sociales, que sean económicamente autónomas y que, por ello, dispongan de una relativa independencia frente al poder estatal.

## EL NUEVO ABSOLUTISMO

No puede decirse que ha habido escasez de intentos de implantar un orden democrático y humanamente digno sobre el fundamento de nacionalizaciones y dirigismo de Estado, y se requeriría de un ciego optimismo para creer que estos ensayos pudieran producir otra cosa que las grandes dictaduras de nuestro tiempo, las que se proponen en realidad alcanzar un modelo socialista-estatal de modernización acelerada bajo la consigna de la supresión del régimen capitalista. En el Tercer Mundo, donde el programa de modernización exige prioridad absoluta, la preservación de fragmentos económicos y políticos de la tradición liberal se manifiesta como indispensable, no para detener la marcha triunfal de la razón burocrático-instrumental, sino sólo para hacerla algo más humana.

H. C. F. MANSILLA





## *CRONOLOGIA*

